

y todavía hoy no se comprende bien, dada la vigorosa puesta en escena, que no hubiera sido televisada. Se ha dicho que el suicidio de Mishima fue su mejor obra.

La recapitulación nos proporciona el cuadro último de un vacío nihilista y de un ideal narcisista, junto a la erótica de la belleza cósmica, que precisaba de la muerte para su «realización». De la muerte o de un gesto de igual compromiso radical, caso de que se hubiera inventado.

EDUARDO TIJERAS

Notas para un diálogo de antologías

Las antologías poéticas han provocado siempre las más encontradas y diversas reacciones. Unas veces, la aceptación incondicional; otras, la más absoluta indiferencia; ha habido antologías indiscutibles y las ha habido también —las más— que despertaban suspicacias y polémicas sin cuento. En los últimos tiempos, sin embargo, se percibe un sintomático cambio de actitud en este sentido. Las antologías no se reciben ya con aquella expectante curiosidad; han *normalizado*, al parecer, su vida pública y no merecen un trato diferente al de cualquier otra novedad editorial. Podríamos pensar, habida cuenta la inflación padecida tiempo atrás, en un cierto escepticismo de críticos y lectores; se podría argumentar que las antologías han preferido el terreno más templado, y menos turbulento, de la investigación académica y erudita, antes que el nerviosismo de la más viva actualidad... Se podrían aducir muchas razones para justificar esa aparente indiferencia; pero yo quisiera pensar —como crítico, pero también como antólogo que he sido— que la verdadera explicación a tan escandalosa prudencia hay que encontrarla en el hecho de que las antologías se leen ya como lo que por sí mismas son, o quieren ser, al margen de toda coyuntura más o menos interesada, más o menos extraliteraria, que tanto les ha perjudicado hasta ahora.

Es más, parece haber llegado el momento de que aquella malsana indagación en torno a las ausencias y presencias que en una antología pudieran descubrirse ya no resulta un elemento de valoración crítica ni suficiente ni aceptable. Parece haber quedado definitivamente al descubierto de la falacia de la antología como lanzamiento generacional que un editor, e incluso muchas veces el mismo antólogo, capitalizaban en su exclusivo beneficio. Se entiende, cada vez más, una antología como una propuesta de

lectura, a partir del conocimiento y del entusiasmo que el antólogo tiene con respecto a determinados autores; como la particular visión de aquél, sin importarnos lo que se haya establecido antes como indiscutible. Cada antólogo hará *su* antología; y no puedo imaginarme ninguna (por mucho que se haya discutido este extremo) que no responda a un criterio de gusto personal, afinidades generacionales o, simplemente, simpatía por una obra determinada; esto, incluso, en aquellos casos en los que el propio antólogo se apresura a declarar lo contrario. Antologías, pues, como espacios de discusión y diálogo; como intentos de renovar opiniones establecidas, antes que antologías confirmadoras de lo sabido, o de lo que muchos creen saber sobre ese tema.

En el corto trecho de un año se han publicado dos antologías que se proponen ordenar los extremos recientes de la poesía hispanoamericana. Dos antologías, además, preparadas por escritores de una misma generación, pero pertenecientes a las dos laderas de nuestra lengua. A fines de 1984, la editorial Espasa-Calpe publicó mi *Antología de poesía hispanoamericana, 1915-1980*, y a lo largo de 1985 veía la luz, en el Fondo de Cultura Económica, la *Antología de la poesía hispanoamericana* que preparó, prologó y anotó el escritor colombiano Juan Gustavo Cobo Borda. Ambos libros han sido elaborados sin la presión que supone la servidumbre de la actualidad; ambos han surgido después de un trabajo de meditación y lectura en torno a una poesía compleja por su extensión y por su notable calidad, por los conflictos y contradicciones que han marcado sus últimas etapas. Los dos antólogos nos hemos resistido al envejecido criterio antológico que nos obligaba, por un lado, a repetir disciplinadamente una estricta ordenación histórica y generacional (tampoco hemos querido atenuar la vitalidad de una obra y de unos autores con la responsabilidad que supone el haberlos convertido en modelo establecido) y, por otro, tampoco hemos asumido la frivolidad que supone antologar con el propósito de un éxito editorial deslumbrante. De la lectura de la antología de Cobo Borda deduzco —y ello, he de confesarlo, me satisface— que los dos hemos preferido hacer una antología abierta; pendiente más de la poesía como fenómeno vivo y en marcha que como bien mostrenco a inventariar y conservar.

Y si cometo la imprudencia de la autocita, no lo hago con atrevida vanidad, sino porque me parece muy significativo el hecho de que tanto Cobo Borda como ya hayamos tenido —de forma paralela y simultánea— la misma idea. Y porque el sentido con que afrontamos la composición del libro, el período histórico que abarca y la selección de nombres son, en muchos aspectos, coincidentes. Ello concede a ambas antologías un carácter dialogístico que, por primera vez que yo sepa, se produce en una obra de este tipo. Dos miradas complementarias que se proyectan sobre un mismo tema, proponiéndonos una imagen que dialoga consigo misma al ofrecerse —simultáneamente— tal y como desde ella misma se entiende y con los perfiles que proyecta en la otra orilla de la lengua.

Mi conocimiento de Cobo Borda se remonta a algunos años atrás. En diversas ocasiones me he ocupado, con el interés que merecen, de sus sucesivas entregas poéticas; he mantenido con él una intermitente correspondencia, desde la dirección de la revista colombiana *Eco* que, con animosa entrega, llevó durante varios años, y desde su no menos entusiasta actividad de ahora, en la embajada de su país en Buenos Aires. Pero Cobo Borda es también un crítico notable, y aunque contestado desde diversos sectores

que lo tachan de oficialista en exceso, ha contribuido mucho al estudio, difusión y defensa de los más jóvenes escritores colombianos, ha indagado en los movimientos poéticos más significativos de su país y se ha preocupado por mantener contacto con, y conocimiento de, la literatura toda de Hispanoamérica. No llega, pues, Cobo Borda a esta antología sin el debido respaldo de abundantes y minuciosas lecturas, sin una reflexión detenida en torno a las propuestas más recientes de la poesía hispanoamericana, sin el imprescindible entusiasmo —nunca disimulado— por asomarse a tan complejo como sugestivo panorama. Nuestro primer encuentro personal se produjo, hace sólo unos meses, en el último Congreso Internacional de Escritores en Lengua Española, celebrado en las islas Canarias. Intentamos entonces incorporar a las sesiones del Congreso un diálogo abierto en torno a nuestras antologías, aprovechando la feliz coincidencia de contar entre los invitados, con varios de los poetas antologados por nosotros. Por dificultades de programación ese diálogo no llegó a producirse, y estas notas quieren resumir por escrito algo de lo que pudo perfectamente decirse en aquel diálogo que no fue.

*

Mi comentario sobre los diversos aspectos puntuales de la antología de Cobo Borda no tendrá otro objetivo que el de aportar una voz y una opinión más al diálogo implícito que el lector interesado establezca con este libro. Un diálogo de antólogos que es un diálogo de antologías, que comienza, digamos, en el espíritu que anima a unas y a otros. En mi caso, la antología resume un deseo de aproximación de la poesía hispanoamericana al lector español; pero no en tanto que objeto exótico y novedoso, sino como manifestación de una lengua literaria que tiene, en su realización americana, la semilla de su vitalidad y de su futuro: una imagen del otro que somos nosotros mismos, pero desde la distancia necesaria para reflexionar y dialogar sobre ella. Cobo Borda, por su parte, plantea su trabajo como estudio de la poesía hispanoamericana en tanto que discurso literario integrado en la corriente histórica de la poesía española, a partir de esa generación del primer tercio del siglo que —como explica— «había de aportar 'un nuevo siglo de oro' a la poesía española y que a partir del 18 de julio de 1936, con el inicio de la guerra civil y luego, en el exilio interno, o en el destierro, habría de continuar elaborando su obra y dilatando su influjo por toda Hispanoamérica» (pág. 10). Nótese (y no creo necesarias más amplias divagaciones) que ambos caminos se encuentran, como se encuentran las voces de los poetas de un lado y otro del Atlántico, en una necesidad común: el reconocimiento, y por intermedio de éste la explicación, de un sentido y una personalidad para la poesía toda en lengua española.

Pero hay algo más que este diálogo —apenas iniciado— ya nos propone, y que quizá pueda pasar desapercibido para el lector menos atento. Ambas antologías pueden facilitar ese encuentro y esa explicación, porque se originan y se plantean en el contexto real que les corresponde; en un contexto, en principio, histórico; pero también geográfico, que se abre a la modernidad y establece las líneas de fuerza de ésta última: el Atlántico como mar de la aventura y del descubrimiento; el Atlántico como espacio ofrecido a la exploración de lo nuevo; el Atlántico como espacio ofrecido a la exploración de lo

nuevo, y como camino hacia un horizonte donde el viajero (el escritor, en este caso) descubre su imagen justificada en su aventura; el Atlántico, en fin, como itinerario de ida y vuelta que, sin esa circulación en ambas direcciones, no completa el sentido y el destino de quienes lo han abordado como experiencia. Apostando por esto, las dos antologías nos confirman cómo sólo en ese intercambio, en esa indagación constante en el otro que nos habla en la misma lengua, nuestra poesía logrará ser comprendida a plenitud. Un diálogo imprescindible, pero reiteradamente abordado por la incompreensión o por la deformación históricas («ese vasto tejido poético hispanoamericano —escribe Cobo Borda— se perfila, sí, en dinámico contrapunto con otras voces pero también, y ante todo, en diálogo consigo mismo (...) la poesía latinoamericana ya habla con ella misma y reanuda su diálogo con España», (pág. 31). Cobo Borda, en su estudio preliminar, nos conduce por la historia de la moderna poesía hispanoamericana siguiendo no los hitos habituales que las historias literarias y otras antologías habían puesto en circulación, sino ofreciéndonos ese constante deseo de diálogo, esa urgencia por resolver interrogantes y contradicciones, que llevó a los escritores hispanoamericanos a pasearse por Europa «para sumergirse mejor en la realidad latinoamericana»; y que lleva ahora al crítico a afirmar, sin tibiezas, cómo «el descubrimiento de América concluía, de forma natural, con el redescubrimiento de España», porque «ella, por fin, podía ser vista con ojos a la vez propios y ajenos. Los ojos que ella misma había engendrado pero en cuyo interior, insondable y malicioso, el pasado indígena seguía alimentado una chispa no reductible fácilmente a categorías occidentales» (págs. 16-17).

Otra coincidencia en el diálogo. La concepción de Hispanoamérica como unidad, desde el punto de vista literario. Es éste un tema polémico; y yo creo que todavía conflictivo, a pesar de las constantes y autorizadas voces que han tratado de solucionar la cuestión. Ese criterio unificador no es una idea uniformadora; no desdeña; al contrario, asume con respeto y cuidado esa singular variedad que es Iberoamérica. Pero también explica cómo, desde el punto de vista literario, las fronteras políticas, las particularidades culturales e históricas, no tienen más valor que el de una pura convención. Es más, la literatura (y en especial la poesía) asume esa pluralidad, precisamente cuando ella alimenta la vitalidad de una lengua común; un todo unificador que, sin embargo, se muestra como pluralidad de identidades dialogantes entre sí. Una diversidad de voces, sí; pero una indiscutible concurrencia y una verdadera comunión poética. O dicho en menos palabras: un destino común que congrega a los creadores en una actividad que —explica certeramente Cobo Borda— desemboca en la «perplejidad de la conciencia reflexionando consigo misma y asistiendo a la disolución de un yo ahora fantasmal y evasivo; [en la] meditación, en imágenes, acerca de lo que significa una cultura parcial e insegura —una cultura de mestizos—. En ciertos momentos (...) cada poema es único; cada poeta es diferente, incluso de sí mismo» (págs. 36-37). Y ello puede repercutir, de forma inmediata, en la situación de la poesía española, en el uso de su lengua poética tan proclive a la anquilosis y a la repetición; pero también despertando la conciencia de un diálogo entre las diversas tradiciones poéticas que confluyen en la península y que, torpemente, se han desarrollado en un estricto aislamiento, cuando no en un abierto rechazo, de las unas con respeto a las otras; ajenas por completo al sentido de voz unánime que debe tener toda poesía que desee estar viva.